

La vida es un cuento

JUAN CARLOS VILLACORTA

LA tradición del cuento, viva todavía en la vida leonesa, se continúa felizmente en la obra literaria de Antonio Pereira, cuyo último libro, «Las ciudades de Poniente», galardonado con el premio Torrente Ballester, acaba de publicarse.

Antonio Pereira, villafranquino, pertenece a la saga de escritores del Noroeste y para él las historias de la vida y la muerte cotidianas, su realidad y su irrealidad son puro cuento, y sus personajes, no el «uomo qualunque», sino gentes concretas que existieron o pudieran existir, con su gracia y miseria originales. Leído su libro se llega a la conclusión de que la vida es un cuento. Aquí en León, al amor de la chimenea o a la caricia del brasero, el cuento nos sirve para mitificar las cosas, pero los relatos de Pereira, que son como una crítica lateral, nos sirven también para desmitificarla, es decir, para descubrir la realidad, apasionante objetivo de la curiosidad humana. Vivir del cuento y para el cuento no es tarea baladí, sino auténtica vocación intelectual que exige a veces desvivirse. Humus de estos relatos son los ocios de la imaginación y las cenizas de la biografía después de haber ardido, pero no es ceniza muerta, sino ceniza todavía caliente y obsesiva, como el de una pared nocturna sobre la que hubiese dado el sol toda la tarde o que continuase en el crepúsculo de las vivencias de un viejo que hubiera estado sentado lentas horas en la piedra de su soledad, haciendo eso que es la costumbre de los pobres, seguir soñando. Podría decirse que cada uno de los relatos de «Las ciudades de Poniente» nace del fulgor fugitivo y evanescente de una morceña, de algo leve y mínimo, que simplemente pasa.

La historia de una frustración, la utopía de una costumbre, la aprehensión de una incertidumbre crean el cuento de la vida pero lo importante es saber contarlo. El leonés, sobrio en apariencia pero, en el fondo, traslúcido y complejo, lo cuenta a la pata la llana, sin apenas literatura.

Pero tampoco sobra nada en los cuentos de Pereira cuya ironía neutraliza los arrebatos y cuya esencialidad resulta en el lector una provocación a la perplejidad.

Lúcido y constante, como nuestro Claudio Rodríguez -podrían establecerse muchos paralelismos en la desnudez esencial de uno y otro- escribe no por decisión, sino por necesidad. Uno y otro saben que la vida es un cuento. El uno lo cuenta en prosa y el otro en verso, pero uno y otro suscribirían esa frase de Baudelaire que

Antonio Pereira introduce en su relato «El apodo»: «Hipócrita lector, mi semejante, mi hermano». Las tramas de sus relatos y de sus poemas son aquello que la mente leonesa -una mente de ciudades del Poniente- anhela y acepta